

*Para mis padres, Encarna y Enrique,  
que siempre están ahí queriéndonos a todos.*



## PRÓLOGO

Escribir un libro es siempre una labor ardua, aunque gratificante. Sentarse delante de la libreta y del ordenador para intentar reflejar lo que está en mi mente, de manera que pueda resultar claro, interesante y significativo para la persona que va a leerlo, es un desafío apasionante que no se puede llevar adelante sin los regalos que recibimos de personas que nos rodean y de la vida misma.

En vuestras manos tenéis el resultado de la confluencia de muchas circunstancias por las que doy gracias todos los días. La vida de muchas personas que me han moldeado, el pensamiento de muchos estudiosos que han compartido a través de sus libros, clases y conferencias su sabiduría para que los demás nos pudiésemos enriquecer gracias a ella, el día a día, que siempre me regala nuevas oportunidades para disfrutar de una vida que ya es de por sí un regalo inmenso.

Este último año y medio ha sido un período difícil para mí en el que, por circunstancias familiares adversas, no he podido escribir todo lo que hubiese deseado. Por eso la publicación de este libro se ha retrasado casi un año desde lo previsto inicialmente. Volviendo la mirada atrás, observo cómo sobre un período adverso se construye una nueva realidad que ha permitido también que este libro contenga elementos que no habrían sido incorporados de otro modo.

Por ello aprovecho este libro, que intenta ser un canto a la esperanza, a la posibilidad de que las cosas cambien, y lo hagan para mejor, para agradecer a todas las personas que han estado conmigo de una manera incondicional, que me

han apoyado, querido y dado cariño. Los momentos difíciles son los que hacen surgir de lo profundo de quienes están a nuestro alrededor lo mejor de cada cual, y yo he podido ver muchas cosas positivas en quienes me rodean.

Por eso el libro comienza con un enorme gracias a quienes habéis estado ahí; cuando leáis esto, ya sabéis quiénes sois; he sido tan afortunado y sois tantos a quienes tengo algo que agradecer que temo olvidar a alguien si pongo todos los nombres. Solo voy a hacer una excepción con aquellos que han tenido la paciencia de leer todos los capítulos de este libro uno por uno y darme su opinión cualificada y amable para mejorar aquello que había escrito: a Vicent, a Juani y a Fernando.

## INTRODUCCIÓN

El libro que tiene el lector entre manos tiene un objetivo preciso: proponer un nuevo paradigma económico que intente superar el actual para construir una economía que esté al servicio de las personas y de la sociedad. Si quien acaba de leer esta frase piensa que es un objetivo ambicioso, un fin que supera el alcance de un libro y la capacidad de la persona que lo escribe, creo que no se equivoca. Cambiar el paradigma es algo que tenemos que hacer entre todos, con paciencia, conversando y llegando a consensos explícitos o implícitos.

Pero para ello se necesitan propuestas, que alguien ponga los temas que hay que tratar sobre la mesa, que existan orientaciones que nos muestren por dónde ir. También precisamos de personas que cambien su mirada, que sean capaces de ver la realidad con unas gafas diferentes a las del paradigma existente, que puedan vislumbrar lo que se encuentra más allá y encontrar oportunidades donde algunos no ven otra alternativa y otros solo perciben desesperanza.

Por ello abordo esta labor sin pensar que en el libro se contiene toda la verdad ni que esta propuesta es la definitiva o superior a la de otros pensadores, sino con la pretensión de aportar ideas que considero válidas para el diálogo público. En el convencimiento de que se trata de proposiciones que pueden ayudarnos a cambiar nuestra mirada sobre la economía y que, puestas en práctica, pueden ser un camino adecuado para que esta se ponga al servicio de las personas y nos dirija en pos de una sociedad más justa y equitativa.

Los contenidos de este libro no son fruto tan solo del propio pensamiento, sino el resultado de muchos años de trabajo en este campo, de la escucha atenta a lo que otros dicen o escriben, de la observación de la realidad económica que nos rodea, de la conversación sincera con otros estudiosos, profesionales y amigos o compañeros.

Se trata de ideas que compartimos muchas de las personas que nos preocupamos por una economía que parece haber dejado de estar a nuestro servicio para exigirnos servidumbre y que nos ajustemos a ella. Ideas que están en el pensamiento actual y que organizo y presento de un modo que considero coherente y que pretende ofrecer una visión positiva y práctica para la transformación social.

Es una propuesta que no pretende ser cerrada ni autosuficiente, sino que quiere confrontarse con otras en una conversación sincera y constructiva que busque edificar un futuro que supere muchas de las limitaciones que tiene nuestro presente. La disposición al diálogo, a conversar sobre estos temas, a avanzar hacia otro horizonte diferente, a dejarse transformar para mejorar lo que tenemos entre manos, son el punto de partida de las propuestas de este libro.

Y todo ello desde una mirada positiva que se centra en lo propositivo y no en el análisis. Aunque este último es necesario e imprescindible para entender y realizar las propuestas, el libro gravita alrededor de cómo actuar para modificar las cosas. Quiere ser un referente para hablar sobre qué tenemos que hacer, cómo hacerlo, de qué manera y hacia dónde avanzar. El punto de partida lo conocemos, estamos en él y somos conscientes de sus fortalezas y debilidades. Nos interesa vislumbrar el horizonte hacia el que avanzar y ponernos en camino para andar y avanzar hacia él.

Si queremos cambiar el paradigma, es bueno recordar qué nos dice el *Diccionario* de la Real Academia Española

sobre este término: «Teoría o conjunto de teorías cuyo núcleo central se acepta sin cuestionar y que suministra la base y modelo para resolver problemas y avanzar en el conocimiento». Este libro pretende realizar propuestas que cambien ese núcleo central de la economía que no se cuestiona en la actualidad y sobre el que se construye todo nuestro modelo. Quiere encontrar claves diferentes para resolver nuestros problemas y que el conocimiento económico avance en una dirección distinta.

Para ello, el libro comienza con lo que he denominado «premisas sapienciales». Premisa, porque de las ideas previas que tenemos sobre el mundo, sobre la realidad que nos rodea, surgen nuestras propuestas, nuestra mirada, nuestras opiniones... Sapienciales, porque creo que derivan directamente de la sabiduría ancestral, de aquella que hemos acumulado a lo largo de los años y que nos ayuda a poder responder mejor a los desafíos que la vida nos pone por delante.

Estas premisas sapienciales están presentes a lo largo de todo el libro y de todas las propuestas que este realiza. Aunque no se expliciten en cada uno de los capítulos, son la tierra abonada en la que arraigan sus plantas y maduran sus frutos. Por ello están puestas en primer lugar, porque son ellas las que soportan y dan consistencia a las proposiciones del libro, las que dan coherencia a su conjunto.

A partir de estas premisas, el libro propone, en primer lugar, un objetivo económico alternativo al que tenemos en la actualidad. Sin un horizonte hacia el que avanzar, el resto de propuestas se viene abajo. La solidez de cualquier proyecto se basa en una meta clara hacia la que dirigir los pasos y que aporte coherencia al resto de actuaciones y criterios de valoración para saber si estos son buenos o no, según si nos sirven para acercarnos hacia nuestro destino o nos alejan de él y nos desvían de la senda trazada.

Una vez explicitado este, cada capítulo se centra en alguno de los aspectos relacionados con la manera de cambiar nuestra mirada sobre las distintas instituciones y los diferentes agentes económicos: la racionalidad económica, los mercados, la función económica del sector público, la empresa, los intermediarios financieros y la investigación económica. Todos ellos deben ser replanteados para ponerlos al servicio de ese nuevo horizonte.

Proponemos dejar el crecimiento económico para dirigirnos a que todos tengan lo suficiente para vivir dignamente, ahora y en el futuro; realizar una transición desde la racionalidad economicista hacia una racionalidad de lo suficiente; alejarnos de unos mercados ideales para construir mercados realistas que estén al servicio de toda la población; dejar a un lado la especialización de los sectores privados y públicos en objetivos divergentes para construir bases de colaboración en la construcción del bien común; evolucionar desde la empresa economicista a la empresa basada en su función social; cambiar el lugar del sector financiero desde el centro de la economía hasta un lugar al servicio del resto de la sociedad, y asentar la investigación económica sobre unas bases diferentes para abordar otros temas más ajustados al nuevo paradigma.

Las líneas que siguen a esta introducción tienen esta intención declarada. Esperamos que, al finalizarlas, la persona que las haya leído haya encontrado motivos para la conversación, para seguir pensando en el tema, para desear ponerse en camino en su casa, en su día a día, en su lugar de trabajo, en su empresa, en su universidad, en su partido político, en su asociación, etc. Para construir entre todos este nuevo paradigma y seamos cada vez más quienes actuamos y dialogamos buscando este fin.



## DIEZ PREMISAS SAPIENCIALES

Comenzar un libro de economía no siempre es fácil. Si este libro pretende dar esperanza en un campo tan desesperanzado como este, y hacerlo de manera que sea útil y comprensible tanto para personas que no tienen conocimientos especializados sobre economía como para aquellas que sí los tienen, la cosa se complica un poco más. Si, además, su primer capítulo se titula «Premisas sapienciales» y cada uno de sus apartados van encabezados por un breve relato, la cuestión toma tintes verdaderamente surrealistas y la persona que lo lee puede pensar que el autor, o se equivoca, o pretende darnos gato por liebre.

Pero nada más lejos de mi intención como autor. Comenzar con unas premisas no solo es apropiado por la misma definición de la palabra, sino porque todos tenemos unas bases sobre las que fundamentamos nuestro pensamiento, aunque no nos demos cuenta o no queramos reconocerlo. Siempre hay unas creencias previas, unas ideas sobre lo que es bueno y lo que no lo es que sirven de soporte y armazón a nuestro análisis y que determinan nuestra manera de mirar la realidad.

Comenzar desnudando las premisas sobre las que está construido el resto del libro es una manera de mostrar su contenido sin trampas, sin velos que distorsionen lo expuesto, sin maquillajes ni vestidos que puedan engañar a nuestros sentidos haciéndonos creer que contemplamos belleza donde no la hay. Con ello, las propuestas del libro intentan despo-

jarse de artificios y trampantojos que escondan el armazón que las configuran.

Calificar estas premisas como sapienciales es un intento de recuperar algo que se orilla con demasiada frecuencia en el debate económico. Porque sapiencial se refiere a la sabiduría, a ese intento de conducirse de una manera prudente en la vida, en los negocios, en la organización de la sociedad o en cualquier otro aspecto de la vida social o personal. La sabiduría aspira a maneras más altas de conocimiento y no busca solamente saber mucho sobre una materia, sino que lo que se conoce de esta resulte útil para la mejora de nuestro modo de vivir. La sabiduría es esa manera de entender nuestra existencia que nos permite aplicar nuestros saberes a los desafíos de la vida y así poder afrontarlos de la manera más correcta posible.

Ser sabio no es equivalente a ser instruido, a ser inteligente, a ser intelectual o experto en algo. Existen personas sabias que no son instruidas, que no son expertas en nada en especial. El sabio es quien sabe hacer frente a su día a día y sabe analizar los desafíos de la vida encontrando la mejor respuesta a las preguntas que nuestra realidad cotidiana nos plantea. Intentar que las premisas sobre las que se basan las propuestas de este libro sean realmente sapienciales equivale a buscar esa mirada global que quiere responder a los problemas que plantea la economía en nuestro día a día. La economía necesita caldear su fría mirada impregnada de tecnicismo, pragmatismo y erudición con el bálsamo reparador de lo sapiencial.

Porque sin sabiduría podemos encontrarnos con lo que José Antonio Marina<sup>1</sup> denomina «inteligencia fracasada».

---

<sup>1</sup> J. A. MARINA, *La inteligencia fracasada*. Barcelona, Anagrama, 2004.

Personas muy inteligentes, que saben mucho sobre alguna materia, pero que no son capaces de hacer frente a su día a día ni de solventar con facilidad su vida social o los problemas cotidianos ante los que se enfrentan. Este fracaso no solo puede ser individual, sino que también puede darse en colectivos como podemos ser los economistas, los políticos, los científicos, etc.

Antes de adentrarme en las premisas sapienciales quiero recordar que estas no son complicadas, sino elementales y de sentido común. Al leerlas, alguien puede pensar que son tan obvias que podría haberme ahorrado el trabajo de escribirlas (y el lector de leerlas). Pero creo que con demasiada frecuencia se cumple el refrán que dice que «el sentido común es el menos común de los sentidos» y que esto podría aplicarse también a la sabiduría. La sabiduría es muchas veces la gran olvidada, lo que conlleva decisiones y políticas económicas que tienen consecuencias indeseadas que habrían sido fáciles de evitar si se hubiese tenido el sentido común que nos aporta la sabiduría. Por todo ello, no está de más recordar estas premisas, que son las que iluminan nuestra propuesta de otro paradigma económico.

## **1. No todo es economía, pero la economía está en casi todo**

Las habían dejado allí, en aquel frondoso jardín. Les habían asegurado que el tiempo era magnífico, que tendrían cosechas todo el año, que iban a encontrar sin problemas todo lo que necesitaban para vivir, que las lluvias copiosas les proporcionarían el agua necesaria... Y todo parecía confirmar las promesas que les habían hecho. Allá donde miraban veían frutas, hortalizas, verduras, legumbres... Por la noche escuchaban el croar de las ranas y durante el día podían ver

los peces desplazándose por el río. Animales domésticos paseaban tranquilamente por el jardín, dispuestos a proveer de carne, leche y huevos a sus nuevas compañeras. En ese paraíso terrenal podrían vivir sin estrecheces, podrían disfrutar del regalo de la vida. Pero pronto se dieron cuenta de que esto no se podía lograr sin su colaboración: tenían que recolectar, cuidar las plantas, el río, los animales, tenían que pescar, que cocinar, tenían que construirse una casa para vivir... Ese jardín del Edén no suponía no hacer nada, solo responsabilizándose de él podrían lograr que llegase a ser el paraíso soñado.

Desde el principio de la historia humana, las personas hemos tenido que organizar aquellos asuntos que vienen determinados por nuestra necesidad de vivir y sobrevivir. No podemos seguir con vida sin cubrir nuestras necesidades físicas, y para hacerlo debemos desplegar una serie de actividades que tienen ese fin esencial. La economía estudia cómo lograr esto, qué esfuerzos tenemos que realizar para conseguir cubrir nuestras necesidades y las de nuestros descendientes con los recursos con los que contamos. La economía versa sobre cómo cuidar y hacer fructificar la creación que nos ha sido dada, para que todos podamos vivir sin comprometer que nuestros descendientes puedan también hacerlo.

De las necesidades que tenemos, la principal es respirar. Sin hacerlo fallecemos rápidamente. Sin embargo, la respiración no ocupa nuestros pensamientos ni nos suele preocupar, porque tenemos suficiente aire para todos, podemos respirar en cualquier momento de nuestra vida sin tener que hacer ninguna actividad extra para conseguirlo. A pesar de que no dejamos de respirar en ningún minuto de nuestra existencia, el hecho de que el recurso que precisamos para hacerlo sea ilimitado hace que podamos cubrir esta necesidad vital sin preocupaciones, sin realizar ninguna actividad

adicional que vaya más allá de inspirar y espirar en el momento que nos plazca y en el lugar en el que estemos.

Pero esto solamente nos sucede con la respiración. Para el resto de necesidades que tenemos no existen recursos ilimitados. No podemos imaginar que queremos comer y hacerlo sin más, en el momento y en el lugar que deseemos sin que medie una actividad previa. No podemos refugiarnos del frío y del calor de una manera inmediata sin que se haya realizado algún trabajo anterior que nos permita tener una casa, una sombra, una calefacción, unos vestidos... La cobertura del resto de necesidades precisa de unos recursos que no son ilimitados, sino escasos. Por ello nos vemos obligados a realizar actividades que nos surtan de los medios suficientes para cubrir nuestras necesidades. De esto trata la economía, de cómo nos organizamos individual, familiar y colectivamente para lograr cubrir todas esas necesidades que no son la respiración y para las que precisamos de unos recursos que no son ilimitados como el aire que respiramos.

La economía se muestra así como algo íntimamente ligado a nuestra existencia. Todos, tengamos o no conocimientos especializados sobre economía, sabemos algo relacionado con ella, porque es una parte de nuestra existencia, una actividad que tenemos que realizar bien para que se pueda desarrollar correctamente el resto de nuestra vida. La economía no tiene por qué ser lo más importante de nuestra existencia. Solo para aquellas personas que no tienen lo suficiente para sobrevivir y que no pueden más que preocuparse por lograr esos ingresos de los que depende su vida lo es por obligación. Y para aquellos que, a pesar de poder vivir dignamente con lo que tienen, voluntariamente y sin necesitarlo deciden que toda su vida gire en torno a sus ingresos y a lo que ganan intentando que estos se incrementen más y más. Para el resto, la economía no tiene por qué ser lo más impor-

tante, pero es un elemento de nuestra existencia que no podemos dejar de tener en cuenta.

Tomemos el ejemplo de una familia. Su propósito principal no es el económico, ya que busca ser una unidad en la que quienes la forman se vean potenciados como personas gracias a su convivencia. El buen ambiente, el cariño entre sus miembros y el refuerzo mutuo son muestras de que está cumpliendo bien su función de ayuda a todos sus componentes. Ahora bien, para que esto sea así es necesario que esta familia tenga unos ingresos mayores que sus gastos, que gestione bien sus asuntos económicos para que estos ayuden al cumplimiento de la función principal de la familia. El buen funcionamiento económico es preciso para que la familia pueda cumplir sus objetivos, pero no es lo principal, es tan solo una condición necesaria para que el resto funcione bien.

## **2. La economía puede organizarse de muchas maneras válidas**

«Lo hemos hecho porque no teníamos otra opción, era lo único que podíamos hacer». Lo dijo así de rotundo, sin dudar; era una afirmación que no admitía discusión, y ella se preguntó por qué nunca lo veía todo tan claro, por qué siempre encontraba varias alternativas y tenía que elegir la que creía que era mejor. Pensó que tal vez no tenía la inteligencia suficiente, que era demasiado indecisa y por eso tenía siempre que elegir entre distintas opciones. Se sentía mal porque sabía que todo sería más fácil si pudiese ver el único camino, si tuviese claro que no había otra posibilidad... Así, al menos no tendría que calentarse tanto la cabeza.

Porque esto nos sucede a menudo, escuchamos que las cosas solamente pueden ser como son y no de ninguna otra manera. Pero ante esta afirmación podemos preguntarnos si esto es realmente así. Volviendo a nuestro ejemplo de la familia, podríamos plantearnos: ¿tiene una familia una única manera de organizar sus asuntos económicos? ¿Pueden diversas familias organizar de diferente manera su día a día económico? Por supuesto que sí. No existe un único modo de organizar la economía. Existen muchos, todos con sus ventajas e inconvenientes (volveremos a esta cuestión en la premisa 3), pero diferentes y posibles. Lo mismo que se puede decir para las familias se puede afirmar para las personas y para las sociedades. Podemos organizar nuestra economía de muy diversas maneras; de hecho, lo venimos haciendo así a lo largo de los siglos. La organización económica actual no es la misma que la que existía hace treinta años, ni hace cien, ni hace mil. La organización económica en España no es igual que la francesa, ni que la argentina, ni que la tailandesa (aunque sean parecidas y similares en algunos aspectos).

Alguien podría pensar que esta afirmación es de cajón, que está claro que siempre se pueden hacer las cosas de otra manera, que no existe un único modo de estructurar la economía. Sin embargo, esto no parece tan evidente en el campo económico. Fue Francis Fukuyama quien, en su famoso libro de 1992 *El fin de la historia y el último hombre*<sup>2</sup>, apuntaba su tesis de un sistema económico y político que supera a todos los demás y que se plantea como el culmen de la organización económica y política que se había dado a través de la historia. Esta idea de que estamos en el único sistema que se puede considerar correcto y que las cosas solamente se pue-

---

<sup>2</sup> F. FUKUYAMA, *El Fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, Planeta, 1992.

den hacer de una manera subyace en aquellos que afirman con asiduidad que «no tenemos otra opción».

Ante una realidad compleja, afirmar que no se tiene otra opción parece un atentado contra la verdad (por no decir simple y llanamente que es mentira). Siempre hay otras opciones, siempre hay otras maneras de hacer las cosas. Podemos afirmar que creemos que nuestra opción es la mejor e intentar demostrar por qué lo es, pero decir que no tenemos otra es, simplemente, faltar a la verdad. No existe una única posibilidad, podemos hacer las cosas de diferentes maneras, que pueden ser mejores o peores, según dónde queramos llegar o qué valores queramos aplicar, pero existir, existen varias opciones. Se puede sospechar con cierto fundamento que esta afirmación es una estrategia para eludir dar explicaciones acerca de lo que se está haciendo, para bloquear la posibilidad de diálogo o para desacreditar a aquellos que pueden discrepar, pero nunca responde a la verdad.

Por todo ello, y aunque parezca una perogrullada, es necesario insistir en que no existe una sola manera de organizar la economía; de hecho, existen varias maneras de hacerlo. La economía no puede entenderse solamente de una manera, no es una ciencia sin alternativas, no hay caminos inequívocos para afrontar las situaciones económicas. Como toda realidad humana, puede ser afrontada de diversas maneras y existen diferentes modos de responder a los mismos desafíos. Tendremos que dialogar sobre cuáles son mejores o peores, pero no liquidar la discusión de entrada.

### **3. No existen medidas ni sistemas perfectos**

Era una de las personas que más sabía sobre esa materia. Había dedicado largos años de estudio, de análisis y de



debate con otras colegas, de sacrificios, escritura y reflexión en pos de saber más sobre ella. Cuando le pidieron que colaborase en buscar una solución para aquella cuestión social, aceptó sin dudarle. Ella había construido el modelo perfecto al que no había más que ajustarse para mejorar la situación. Pero no lo consiguió, su idea de lo mejor chocó y chocó contra una realidad que se negaba a subordinarse a sus teorías, no supo afrontar con éxito el desafío que le habían planteado, y la invitaron a abandonar. Lo peor para ella fue que su sustituta, intentando ser realista, logró importantes mejoras a pesar de no ser tan brillante ni haber elaborado nunca complejas teorías sobre la materia.

Al mismo tiempo que existen diferentes maneras de organizar la economía, podemos afirmar que no existen sistemas de organización económica perfectos, y no los hay porque tampoco hay personas perfectas ni organizaciones culturales, sociales, políticas o deportivas perfectas. La perfección como tal es inalcanzable para nosotros. El que la persigamos no es porque aspiremos a conseguirla, sino porque es una manera de avanzar hacia la mejora, de dar pasos que nos lleven a posiciones o actitudes mejores que las que teníamos de partida, pero no porque confiemos en ser perfectos o porque tengamos la más mínima posibilidad de lograrlo.

Con nuestras maneras de organizar la economía –al igual que cualquier otro campo humano– sucede lo mismo. No hay métodos perfectos, no podemos encontrar algo que sea tan bueno que todo lo demás quede invalidado. De hecho, cuando escuchamos una medida que aparece como la panacea, como la solución a todos los males, debemos desconfiar. La realidad es lo suficientemente compleja como para que no existan estos remedios universales que todo lo pueden. Al igual que no podemos encontrar una pócima que remedie todas las enfermedades, tampoco existe un sistema perfecto

para todas las situaciones económicas. Del mismo modo que existen medicamentos adecuados para una u otra dolencia, que suelen tener efectos secundarios, también tenemos medidas y políticas económicas que son apropiadas para una situación, pero que pueden tener efectos negativos sobre otras.

Aquellos que piensan que existen soluciones perfectas también opinan lo contrario, es decir, que todo aquello que no sea su solución es imperfecto por sí mismo. Absolutizar la benignidad de una medida es tan falaz como hacerlo con su supuesta malignidad. Un ejemplo claro de estas dos posturas lo vemos en una propuesta de la que se habla a menudo en estos últimos tiempos: la renta básica universal. Mientras algunos la ven como una propuesta estrella que va a solucionar los desafíos económicos que tiene planteada la sociedad en la actualidad, en especial en cuanto a la lucha contra la pobreza y los efectos negativos que sobre esta tienen las nuevas tecnologías, otros ven esta medida como algo negativo que solo traería una sociedad de vagos y maleantes.

Cuando uno se acerca a ella con humildad y sin prejuicios, ve una medida que tiene sus luces y sus sombras, que puede ser buena para unas cosas, pero no tanto para otras. Es decir, una medida de política económica que, como todas, no es ni perfecta ni totalmente imperfecta, sino una propuesta que puede considerarse, discutirse y debatirse para, a la luz de sus ventajas e inconvenientes, decidir si hay o no que instaurarla.

En economía, como en la vida, los profetas de la perfección y de la imperfección suprema ofrecen visiones simplistas de una realidad muy compleja. No tratan de ofrecer argumentos sencillos para comprender la complejidad de la realidad, sino que intentan dar a entender que todo es simple y puede ser resumido en una lucha de lo bueno contra lo malo en la que no caben ni medias tintas, ni espacios grises,

ni ambigüedades: todo es blanco o negro. Para poder llevar adelante esta visión, los profetas de la perfección sobrevaloran el mundo de las ideas y lo ponen por encima de las personas y de la realidad. Todo se tiene que subordinar a estas ideas que se muestran tan perfectas, tan atractivas y tan sencillas.

Sin embargo, la realidad es tan complicada y tiene tantos matices que pretender poner las ideas por encima de ella se ha demostrado muy peligroso en la historia. Ya lo aventuró Francisco de Goya a finales del siglo XVIII en su aguafuerte «El sueño de la razón produce monstruos». La Revolución francesa, que encumbró las ideas de libertad, igualdad y fraternidad y el poder de la razón sobre la realidad contra la que se enfrentaban, tuvo un desprecio por la vida humana que se simbolizaba, sobre todo, por la guillotina, y que nosotros, los españoles, sufrimos con los «desastres de la guerra» derivados de la invasión napoleónica. Los totalitarismos del siglo XX en Europa, que acabaron con millones de muertos y que pusieron la idea de una «nueva sociedad» por encima de la realidad y de las personas —especialmente la soviética y la nacionalsocialista—, fueron otro ejemplo de cómo, cuando ponemos las ideas de perfección por encima de la realidad, acabamos despreciando a las personas y generando injusticias y sufrimiento.

Esto no invalida las ideas, pero estas deben dejarse moldear por la realidad, porque no existen ideas «perfectas», sino mejores o peores para o por algo. Según el objetivo que persigamos o los valores que marquen nuestra actuación, la misma idea puede ser buena o mala. Cualquier idea debemos pasarla por el tamiz de la realidad, para que tome forma, para ver sus matices, para apreciar sus imperfecciones y asumirlas. Las ideas nos permiten tener un horizonte hacia el que avanzar y unas claves para comprender la realidad en la

que vivimos, pero no podemos subordinarlo todo a ellas. Las ideas deben estar al servicio de la realidad y no al contrario. Esta última debe estar siempre por encima de las ideas.

Un ejemplo sencillo puede ayudarnos a comprender esto. Si quiero ir a Francia desde Madrid, salir en dirección sur es una mala opción, ya que mi destino se encuentra al norte de aquí. Si mi destino fuese Marruecos, avanzar hacia el sur sería la opción adecuada. Ahora bien, buscar la solución perfecta de ir siempre hacia el norte podría traernos problemas. Porque pueden existir obstáculos que sean imposibles o muy difíciles de franquear. En tal caso, la opción perfecta de avanzar hacia el norte para acercarse a Francia debe amoldarse al terreno, de modo que temporalmente podemos vernos obligados a cambiar de dirección hacia el este o el oeste. Aunque la idea está clara –llegar a Francia–, su realización se adapta a lo que encontramos en nuestro camino, y no siempre avanzar hacia el norte es la mejor opción.

Por todo ello, debe existir un diálogo entre la realidad y las ideas para evitar que sobrevaloremos estas últimas y confiemos demasiado en la perfección de aquello que hacemos. Poner la idea por encima de la realidad supone empeorarla y, con demasiada frecuencia, implica sufrimiento para algún colectivo de personas –o animales, o naturaleza–, que se ve perjudicado por decisiones que no les tiene en cuenta. La realidad debe estar por encima de las ideas para que estas últimas nos sean útiles para mejorar la primera.

#### **4. El objetivo marca las prioridades**

Estaba donde nunca hubiese querido ir. No sabía por qué había llegado allí. Así que repasó su camino, lo que había hecho hasta el momento. Contempló cuáles habían sido las